

SANTIAGO, "EL MERCURIO", 12-XI-1974, p.3

Alfonso Leng, Músico y Sabio

Con el desaparecimiento físico de Alfonso Leng ha caído una gran sombra de tristeza sobre la vida musical chilena; se ha roto el último vínculo que nos unía a la gran generación de fines del siglo pasado, la primera que, como hemos observado tantas veces ya, surge en misteriosa coincidencia con nuestros primeros máximos poetas. Para quien esto firma significa la pérdida de un hermano mayor, de un ejemplo nobilísimo, del mejor amigo y colega, con quien podía recordar toda una larga existencia musical y saber lo que antes de nosotros hubo, se pensaba y hacía.

Personalmente, he quedado a la cabeza de los Premios Nacionales de Arte en música, no sólo cronológicamente sino que aun como edad. De nueve que éramos, a partir de los sucesivos galardones iniciados con Humberto Allende en 1945, sobrevivimos sólo tres. Faltan precisamente quienes integraron el grupo de la ya aludida generación: Allende, Soro, Bisquertt, Leng, Co'apos y el no hace mucho desaparecido Carlos Isamitt. Hay, pues, para un ilustre panteón de buenos compositores, de creadores que nos honran, que constituyen valores nacionales dignos de enorgullecer a cualquier país. Menos el nuestro, donde apenas representan una serie de nombres vacíos, cuyas obras nadie escucha, porque se ha desterrado la llamada música seria o clásica, chilena, de los medios usuales y efectivos de difusión: los discos, la radio, la televisión y, en la medida en que debía hallarse constantemente, también de los conciertos. No es éste el momento de señalar causas y culpables, pero el hecho existe y no sólo de hoy. La ausencia futura de Alfonso Leng, cuya larga existencia, general y merecido afecto, hicieron que no corriera una suerte tan despiadada como sus compañeros, afrontara ahora el olvido. Destino muy diverso del de quienes fueron Premios Nacionales de Literatura u otras formas del arte.

1957, consagradas al nuevo Premio Nacional de Arte, que relatan en detalle cómo, ingresado a la carrera dental por su hermandad musical con ese gran maestro que fue Alberto García Guerrero, más tarde jefe del Conservatorio de Toronto, en Canadá, quedó abandonado en esta ruta impensada, pero de buen futuro, y su amigo emprendió el temerario vuelo hacia el aventurado y mal famoso campo de la música. Pero Leng ya era compositor. Tenía obras para piano, lieder y, el süm-

bussy llamó "los cilicios del contrapunto" (les cilices du contrepoint). Alberto García Guerrero se divertía, aun desde lejos, asegurando que Leng había nacido, como Mozart, sabiendo música y que en la humildad y modestia, sinceras, de nuestro amigo había hasta cierta coquetería. El hecho es que, como apunta ingeniosamente Jorge Urrutia en unas definiciones sobre Leng en "aforismos" (Revista Musical, ya citada): "Todo lo que compone Leng sueña a Leng". Su lenguaje, su línea melódi-



458334

